

Los Visitantes

Los Visitantes por Ariel Barrios se encuentra bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 3.0 Unported](#).



Las esperanzas tienden a desaparecer como las cosas, había dicho aquella mañana mamá. Pero nadie presto atención a su comentario. Nosotros sonreíamos o argumentábamos que los años a veces hacen olvidar todo. Pero ella insistía en demostrarnos que el rosario de su comunión se había evaporado. Es algo tan pequeño le decíamos, que es muy fácil de extraviar. Pero la desaparición de las fotos que tenía guardadas en su vieja mesa de luz era un asunto más complicado de explicar; aunque tímidamente señalábamos que podían estar guardadas en cualquier rincón de la casa, mamá empezaba a darse cuenta de nuestras mentiras, comenzaba a hacerse imposible convencerla, ella calificaba a las desapariciones como apropiaciones. Trate de decirle que nosotros nunca nos hubiésemos atrevido a sacar nada. Entonces, arrugando su cara, trataba de pedir disculpas por su divagaciones, decía que nunca quiso ofendernos, que no se estaba refiriendo a nosotros. Mariana se ofreció en ayudarle a buscar el rosario, pero mamá se negó, no tiene sentido nena, decía, es imposible encontrarlo; deben habérselo llevado ellos. Con Mariana miramos el piso y nos quedamos callados. Mamá nos observó con ternura, y enseguida cambió de tema.

Mariana se ponía mal con nuestra actitud, decía que no debíamos hacer aquello, pensaba que era mejor decirle acerca de ellos, pero respetaba mi decisión. Comprendía que ella se había encariñado mucho con mi madre, casi desde los primeros días que la conoció, por eso no dudo en aceptar mi propuesta de mudarse a casa. Había pensado que tal vez con ella, mamá se sentiría más acompañada. Por un tiempo aquella fórmula pareció dar resultado, Mariana compartía las tareas de la casa con mi madre y de esta forma no estaba tan sola. A mamá le encantaba cocinar, y juntas preparaban unas comidas deliciosas. Después de la cena mi madre traía unas cartas viejísimas y nos poníamos a jugar a la canasta o a la escoba de quince hasta tarde. Nadie podía ganarle a mamá, resultaba imbatible. Como era de esperar, después de un tiempo las barajas desaparecieron. Me enojaba diciendo que la casa era un desorden, Mariana explicaba que estaba segura de haber visto las cartas en algún lado, y mamá decidía reemplazar el juego de naipes por el tejido. Por un tiempo pensábamos que ella tal vez no se daría cuenta de nada hasta el final. Aunque sabíamos que ellos se llevarían todo, buscamos demorar el momento. Pero aquello fue una ilusión. Nunca pudimos saber en que instante conoció la siniestra trama que se escondía detrás de las desapariciones. Pero en algún momento ella debió haber comprendido todo. La realidad es un misterio para idiotas me había dicho una tarde mientras tejía sentada en el sillón frente a la ventana. Creo que sonreí. Me contaba de mi padre, de las cosas que habían planeado hacer, de los sufrimientos que debieron pasar para estar juntos. Se acordaba cuando escapo de su casa para irse a vivir con él. Parecía estar narrando un sueño. Después se quedaba en silencio hasta que terminaba el abrigo que me estaba tejiendo. Porque no te lo

probas me insistía. Tenía pocas ganas de sacarme la ropa, además hacía un frío bárbaro; en Mar del Plata el invierno es terrible, pero ella arremetía otra vez, hasta que no quedaba otra alternativa que colocarme el abrigo. Tengo ganas de vértelo puesto, se disculpaba, además ellos mañana van a llevárselo. Entonces no quedaba otra alternativa que hacer de modelo, estar paciente a que mamá midiera/ese el largo y descosiera algunos puntos. Pero como había poco para hacer a la tarde, no me molestaba, sostenía la madeja de lana y mientras ella tejía conversábamos hasta la noche cuando venía Mariana y preparaba la cena. Mamá después de comer mostraba todas las cosas que había hecho durante el día, sacaba cajitas con alhajas y cualquier otra cosa que hubiese terminado, porque todo lo que quedaba sin hacer lo destruía. A veces nos quedábamos hasta la medianoche mirando todo. Mariana se divertía mucho cambiándose de ropa y probando aros y cadenas. Pero a mi me parecía que se hacía tarde y le decía a mamá que nos dejara acostarnos para poder descansar. Además no se podía estar hasta muy tarde. Explicaba estas cosas y otras más para que no pensarán que nos estábamos aburriendo de ella. Nos daba pena aquello, pero así debería ser. Mariana me preguntaba que pasaría cuando ellos se llevaran todo. Yo no sabía que contestarle, aunque en el fondo sabía que sucedería. Y tal vez ella también lo supiese. Pero necesitaba la confirmación de otra persona. La realidad exige testigos para nuestra tranquilidad. A mi también me paso algo parecido, sería por eso que la busque a ella. Pero Mariana era algo más que un testigo. Ella supo todo respecto a los visitantes, no tenía sentido esconderle nada. Creo que no le importo demasiado aquella historia. Me decía que me amaba, y eso era suficiente. Una noche le dije que quería casarme con ella. Mariana me miró

sorprendida y después de besarme me dijo que acepta, aunque sabía que era por mamá , aceptaba.

Una tarde cuando llegue del trabajo mamá me retó por haberme callado aquello. Se trataba de una sorpresa mamá le decía, mientras miraba algo irritado a Mariana. La noticia sirvió para que ella olvidará su colección de discos de Bola de Nieve que decía estar segura de haberlos escuchado recientemente.

A pesar de sus desconfianzas en un primer momento, Mamá quería mucho a Mariana y se sintió feliz por nuestro compromiso. Se puso de tan buen humor que decidió organizar un nuevo juego para la noche. Mariana se rió cuando mamá comentó de que se trataba. A mi no me gustaba mucho la idea, pero termine aceptando, no podía resistirme a las presiones de las dos mujeres. Así empezábamos a realizar apuestas para adivinar que se llevarían ellos al otro día. Por un tiempo nos divertimos con aquel juego. Era imposible predecirlos, todo parecía importarles. A ver si son tan avispados decía mamá y procedía a esconder los objetos. No entendía aquella broma, y Mariana me explicaba que era gracioso saber que demorarían en encontrar las cosas. Se trata de hacer agradable su trabajo decía Mariana, quiero creer que son personas normales después de todo. Y como me quedaba callado, ella pensaba que había dicho algo prohibido. La tranquilizaba diciendo que no era nada malo, solo pensaba en nuestro casamiento y en la necesidad de apurar los trámites. Mariana entendía y asentía con la cabeza. Así se inició una carrera contra el tiempo. Logré adelantar la fecha del civil gracias a un amigo que se encargaba de las inscripciones en el registro, compramos todo aquello que necesitábamos y preparamos una lista de invitados, solo serían unas pocas personas, compañeros de trabajo y algunos

amigo. Durante varios días había estado nervioso con los preparativos, y mamá se había acercado una tarde de lluvia para preguntarme si me pasaba algo. La tranquilizaba diciendo que solo eran las tensiones previas al casamiento, las expectativas, el deseo porque todo salga bien. Ella me miró como se mira a un niño durante unos segundos, después me tomó por las manos y me sonrió. El primer día que desperté al lado de tu padre me dijo, lo miré asombrada. Durante un momento me pareció un extraño. ¿Quién es este hombre? me pregunté. Creía no reconocerlo. Tal vez me parecía rara la situación, se apresuró a aclarar. Después el me hizo feliz. Mariana va a ser una gran mujer para vos. Agradecí sus augurios y me quede escuchando cosas de papá y ella. A él le encantaba el mar, decía. Íbamos los domingos a la esollera a pescar. Se quedaba horas parado frente a la caña fumando con su pipa y tomando mate. Tenía una gorra de capitán muy simpática. Me gustaría mostrártela. Pero no se donde está. Sonreí apesadumbrado. Papá era desordenado, dije. Ella asintió, si eso pensé cuando no encontramos sus cartas de navegación.

Cuando hablé con Mariana acerca de la pena que me producía que mi madre no estuviera presente para la boda, ella me dijo porque no hablaba con ellos. Muchas veces quise intentar aquello, pero sabía que era un despropósito, sin embargo la posibilidad de hacerlo algún día me permitía poder vivir sin volverme loco. Porque no lo intentás ahora me suplicaba ella. Trataba de explicarle que era imposible. Nadie podía hacerles frente. Eran sumamente intransigentes. Mariana decía que ya se cansarían. Vas a ver que se van a ir, determinó. No estaba seguro de eso, parecían incansables. Hacía años que seguían viniendo, una noche tras otra. Pero es absurdo, se resistía Mariana, por alguna razón hacen esto. Entonces alzaba la

frente como mostrando también perplejidad por aquello. Igual vamos a llegar decía esperanzador.

El día anterior al compromiso nos quedamos en el cuarto de mamá charlando de esas cosas que se cuentan antes de un acontecimiento importante. No sabíamos que hacer durante la fiesta, mamá ya no tenía ropa para ponerse y tampoco podía levantarse, así que pensamos en arreglar su cuarto y colocar algunas mesas allí para que no estuviese aislada, además la habitación ahora quedaba grande sin los muebles, así que no habría problemas para trasladar todo allí. Mariana me volvió a preguntar por los visitantes. Pero no quería hablar de eso. Me sentía feliz por el casamiento y no quería estropear ese momento. Mariana no dijo nada, me beso y después nos fuimos a acostar. Pero no pude dormir, estaba demasiado ansioso. Inevitablemente me puse a pensar en ellos. Recordé la primera vez que los escuché. Entonces pensé que eran ladrones. Pero no, eran los visitantes, después lo supe. Siempre me pregunté quienes eran. Sin embargo, con el tiempo aquello también perdió su importancia. Durante la noche soñé que venían a buscarme. Fue una pesadilla horrible. Después me dormí. A la mañana, Mariana me sacudió y me obligó a despertarme. Vamos dormilón me dijo, se hace tarde. Empezaba a levantarme cuando ella vino corriendo a la habitación diciendo que no encontraba a mamá en el cuarto. Fuimos para allá y vimos que estaba vacío. Mariana estaba paralizada. A mi me dio bronca saber que no podría contar con mamá para la ceremonia. Que hacemos, preguntó Mariana. No tiene sentido sin ella, dije. Mariana asintió con la cabeza y después de mirar el cuarto, cerró la puerta.

Sería mejor preparar los bolsos para el viaje. Un amigo me había prestado un departamento en Mar de Ajo como regalos de bodas, y pensábamos pasar unos días allí. Ahora que tendría algo de tiempo quería llevarme un libro para leer. Enseguida pensé en Bestiario de Cortazar. Le pedí a Mariana que lo sacará de la biblioteca y lo colocará en un bolso. Dejé la casa en orden y me preparé para salir. Mariana estaba frente a la puerta mirándome con ojos extraños. Le pregunté que pasaba. No encuentro el libro Raúl, me dijo. Decidí revisar los estantes del comedor, el ropero de la pieza y hasta un viejo baúl de cuero, pero no puede hallarlo. Era raro que desapareciera, estaba siempre a la vista en la biblioteca. No te preocupes, me decía Mariana, eso suele ocurrir en el desorden de un departamento. Pensé que tenía razón, que era algo normal, al fin de cuentas hacía unos días que no encontraba mi vieja Olivetti. Mejor vamos, sugirió Mariana. Salimos. Paramos un taxi que pasaba por Santa Fe. Era un día hermoso. Mariana me abrazó y acomodó su cabeza sobre mi pecho. A la estación le dije al chofer. El taxista bajó la bandera y arrancó.